PRIMERA PARTE.

I

La idea monárquica en México.—Esfuerzo de España y Francia para desarrollarla.—Proyecto del conde de Aranda.—Condición monárquica del plan de Iguala.—Opiniones de Bolívar.—Proyectos de la Restauración para establecer tronos en América.—Esfuerzos de Chateaubriand en el congreso de Verona.—Obstinación de Fernando VII.—Resoluciones de Mr. Villele.—Negociación en favor del Infante D. Francisco de Paula.—Intervención de Inglaterra.—Fracasa el congreso de Verona.—Pensamiento del príncipe Luis Napoleón Bonaparte.—Los monarquistas mexicanos no ceden.

Gobernado México durante muchos siglos por monarcas indígenas ó extranjeros, la idea monárquica luchó para no desaparecer entre nosotros completamente, sin que bastara para destruirla el solo hecho de haber triunfado la revolución por la Independencia. Esa idea, que predominó en el plan de Iguala, fué apareciendo después al través de los sucesos, como aspiración confusa, más bien que solución definida, porque divididos los pareceres, aunque se generalizaba la idea republicana, quedaban en pie razones fundadas, ya en el temor á la anarquía que suele derivarse de la democracia, ya en el disgusto por la servidumbre que impone la monarquía. Al fin pasó la idea monárquica á refugiarse entre los que la consideraban como el último remedio que se pudiera aplicar á una sociedad, que suponían en la agonía, sin energía, sin vigor en medio de los más ricos dones con que la Providencia hubiese dotado á un pueblo.

Pero el partido monárquico en México, sintió desde sus primeros pasos la necesidad del apoyo extranjero, del que esperó siempre el triunfo de sus aspiraciones, alentado con que dos potencias occidentales de Europa, España y Francia, se esforzaban en establecer monarquías en América, para no perder la influencia y en

consecuencia las riquezas, que ofrecían los territorios dominados durante tres siglos por el poder castellano.

El reconocimiento de la Independencia de los Estados Unidos, había proporcionado al conde de Aranda, ministro de Carlos III, argumentos dignos de consideración, para proponer que se independieran políticamente las colonias de España, y se fundaran las monarquías borbónicas en México, la América central y Colombia, llamada entonces Tierra Firme. Tan distinguido ministro entreveía el porvenir y quería colocar á España á cubierto de algún accidente, como el que sobrevino cuando la invasión napoleónica, que contribuyó á poner término á la dominación española en el continente americano.

En efecto, en una Memoria presentada á Carlos III por el conde de Aranda, en 1783, le decía: "Vuestra Majestad debe deshacerse de todas sus posesiones en el continente americano, y no conservar más que las islas de Cuba y Puerto Rico, en la parte septentrional y alguna otra que pueda convenir en la meridional, á fin de que nos sirva como de escala ó depósito para el comercio español. Para llevar á cabo este gran pensamiento de una manera digna de España, es preciso establecer tres infantes en América: uno como rey de México, otro como rey del Perú, y el tercero como rey de Costa-Firme, tomando V. M. el título de Emperador de las Indias."

Las razones del estadista, autor de la Memoria, quedaron desatendidas á causa del pacto de familia, celebrado con la Francia, y que impuso á España ciertas obligaciones que fueron obstáculo para aprovechar la situación de la América, especialmente de México, y realizar los planes de aquel gran ministro, siendo entonces la divisa del pueblo mexicano: "Dios y el Rey."

Cuando en 1808 y 1810 se trató por los mexicanos y muchos españoles, de la emancipación de México, nadie se atrevía á tratar de ella, sin aclamar á la vez á Fernando VII. El deseo de la Independencia cundió aquí con suma rapidez, y cuando llegó el momento de formular un programa político, en el que estuvieran conformes los individuos más prominentes en el ejército y en las carreras civiles, fueran españoles ó mexicanos, apareció en Iguala un plan en el que se buscaba conservar los vínculos con la Metrópoli, y conciliar los intereses de unos y otros.

Ese plan llamaba al trono mexicano, en primer lugar, al rey Fernando VII ó á un príncipe de la casa de Borbón, y en defecto de ambos al archiduque Carlos de Austria. España desdeñó reconocer lo sucedido en Iguala y de su desdén provino el Imperio de Iturbide.

Hé aquí que desde el momento mismo en que se verificó la Independencia, brotaba por obra de las circunstancias, una cuestión importantísima acerca de la nacionalidad mexicana. El programa de Iguala en el que se asentaban las bases de la autonomía de México, establecía la monarquía y llamaba para presidirla á un monarca extranjero, condición que subsistió aun después de las modificaciones introducidas en las conferencias de Córdoba, entre Iturbide y O'Donojú.

España rehusó dar un príncipe y la corona imperial ciñó la frente del caudillo

que poco después pagó en un cadalso su ambición. La España no quedó satisfecha y Francia buscó utilizar ese descontento en provecho propio, aunque aparentando desprendimiento.

El partido monarquista mexicano fué preparando gradualmente el camino, para que México volviese al dominio de España, y cuando fallaron todos sus esfuerzos, trabajó por establecer una monarquía independiente y acudió á Francia para que le ayudara en el cumplimiento de su objeto, sin que por esto España abandonara sus proyectos.

FRANCIA.

En 1823, la Restauración francesa pensó seriamente en levantar tronos americanos para los Borbones; Luis XVIII quería colocar en uno de ellos al duque de Orleans. Encontraba su ministro Mr. de Chateaubriand en la solución monárquica en América, un gran porvenir para la familia reinante, y negoció con Mr. Canning, ministro inglés, y con Fernando VII; pero un cambio de ministerio, por el que reemplazó Mr. de Villele á Mr. de Chateaubriand, retardó cuarenta años la realización de aquel designio, apareciendo modificado cuando por diversas circunstancias de México y de los Estados-Unidos, se trató de la intervención europea en nuestro país.

Apenas se sintió la monarquía francesa, á principio de este siglo, satisfecha de la posesión de los bienes que había perdido á causa de la Revolución, cuando encomendó en 1820 al contra-almirante Jurien de la Gravière, padre del jefe que mandaba la escuadra venida al puerto de Veracruz en 1862, la misión de recoger en los países hispano-americanos, todos los datos que pudieran conducir al conocimiento para, en lo futuro, favorecer y desarrollar el comercio, buscándole mercados aun no explotados, donde tuvieran salida los productos de las manufacturas y las nuevas riquezas del suelo francés. A la vez, cuando los acontecimientos consumaban la separación entre las colonias y la Metrópoli, la idea de las monarquías separadas se presentaba como natural á algunos espíritus, oíase murmurar nombres inesperados de los que habían de ceñir las futuras coronas, que querían colocar ya en los Borbones de Francia, ya en los de España.

No solamente en México sino en todas las que fueron colonias españolas, estaba generalizada la idea monárquica. Aun Bolívar opinaba porque se estableciera entre sus compatriotas un imperio presidido por un Borbón de Francia; en Buenos Aires, donde la democracia encontraba buen terreno, en poblaciones industriosas y mercantiles, los jefes de la guerra nacional, de 1810 á 1815, Rivadavia á su cabeza, habían tenido la singular idea de pedir á Napoleón I que les enviara al viejo monarca Carlos IV, para que reinara en el poderoso Estado que se formaría del Chile, río de la Plata y Alto Perú, y aunque después cambió el candidato permanecieron las intenciones monárquicas á tal grado, que en 1819 las autorida-